

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-75 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00
Número suelto..... 0-15
Números atrasados:.. 0-25

{ Año I. Núm. 13. }
{ San José, 1º de enero de 1888. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 33.

Sumario.—1888—1887, por Emanuel.—*Don Juan Mora*, por J. B. C.—*El amor verdadero*, por Carlos A. Imcndia.—*El libro de Viquez*, por Angel Anselmo Castro.—*Napoleón*, por Gertrudis Gómez de Avellaneda.—*El ciego de Torres*, por Sirio.—*Crónica*, por Clo Clo.

Grabados.—Palacio Nacional de San Salvador.—*Don Juan Mora*.
Anuncios.



PALACIO NACIONAL DE SAN SALVADOR.

1888-1887.

Momento solemne para la historia de Costa Rica.

Atravesamos por uno de los períodos más trascendentales de nuestro estado político, de las relaciones internacionales y de nuestro modo de ser social y económico.

Pocas horas antes se oía el murmullo aterrador de edificio vetusto que se de hacía en lastimosas ruinas, al poderoso impulso del trabajo y la perseverancia auxiliados con eficacia por la ciencia: nuestra vieja legislación no existe; la ha reemplazado el fruto de la experiencia recojido, con inquebrantable energía y laboriosidad en sesenta y siete años de vida independiente, por Rodríguez, Jiménez, González Víquez, Esquivel, Cruz y otros á quienes nuestra patria debe consagrar recuerdo imperecedero y luminosa página en los anales de su progreso científico y social.

Dentro de poco sabremos el resultado de la inmemorable cuestión de límites.

La Nación tiene sus ojos puestos en Wáshington y Madrid, en donde están pendientes su paz, su riqueza y su derecho. La patria de las instituciones libres, y la de la heroicidad y la nobleza sabrán mantener sus nombres á la altura en que están colocados por su libertad y sus gloriosos antecedentes.

Pero no son éstas solamente las luchas empeñadas. Nuestra deuda, la que puso en peligro inminente la vida autónoma del país, la que estancó de un golpe los veneros de la riqueza, el trabajo y la producción por la desconfianza que infundió en las esferas sociales, la que hizo sufrir á Costa Rica la vergüenza de que en el extranjero significara su nombre descrédito, esa deuda está arreglada, va á comenzar á pagarse. Cuanto esfuerzo, cuanto sacrificio, cuanto desvelo significa la solución económica de ese problema, que ha determinado resultados de importancia colosal.

El crédito de la República, solvente, ha traído acrecentamiento instantáneo, puede decirse, en el comercio, la industria, las artes; ha traído brazos extranjeros que explorarán y cultivarán esa inminente extensión de terrenos vírgenes, en donde está el más alagüeño porvenir del elemento agricultor; ha hecho afianzar el poder público, pues no puede menos que dar confianza y prestigio á los hombres en quienes está de-

positado, el conocimiento que el pueblo y la nación entera han adquirido, de que el bien hecho aunque es un deber, ha sido un acto de buena voluntad y de plausible patriotismo.

Se lucha también, y esta es la más nobilísima de las luchas, por encaminar á la juventud costarricense en la vía de positivo engrandecimiento. Dígalo sinó el Liceo de Costa Rica, en donde se difunden los conocimientos que han de guiar en el porvenir al estilo y conforme se observa hoy en los establecimientos de instrucción más aventajados de la vieja y experimentada Europa: dígalo sinó la enseñanza común graduada, que abandonando el rutinario y enervante sistema antiguo, avanza con paso rápido hacia el desenvolvimiento perfecto de la inteligencia humana; dígalo sinó ese cuerpo de legislación escolar que ordena y reglamenta el movimiento progresivo de la enseñanza primaria nacional.

El año de 1887 va á vivir en la historia únicamente y espira dejando estela luminosa de todo lo grande que en él se ha ejecutado; espira llevando al panteón de los tiempos la gloria de haberse iniciado en él levantados pensamientos, de haberse realizado ilusiones y empresas que prometen bien estar futuro; y lo que es más grande, de haberse conservado inalterable la paz de la República.

Lega al año de 1888 mucho trabajo acumulado en una legislación completamente nueva; en empresas de construcción, industria y comercio; en problemas sociales y económicos de soluciones trascendentales; y se espera que ya que tanto bueno y nuevo recibe, sea fecundo en satisfactorios resultados.

Costa Rica Ilustrada que no tiene más que buenas intenciones estampadas en esta hoja desde hace seis meses, desea para la nación, para sus colegas y para todos los hombres de buena voluntad *muy feliz año nuevo.*

EMANUEL.

Diciembre 28 de 1887.

Don Juan Mora,

Primer Presidente del Estado de Costa Rica.

No es posible juzgar de los hombres sino es con relación á su época y al estado de cultura, en

particular, de los pueblos en que hayan figurado.

Para dar idea exacta de los méritos que ilustran el nombre del esclarecido ciudadano, cuyo retrato ofrecemos hoy, preciso sería reseñar con claridad el triste estado de este país en los últimos años del coloniage, que comprenden buena parte de su vida,—y la insignificancia de esta despoblada cuanto rica Sección del llamado reino de Guatemala,—al venir á la existencia de los pueblos libres é independientes.

No intentaremos lo primero porque el régimen colonial á que estuvo sujeta la América, juzgado por el mundo entero, ha recibido el anatema universal; ni nos proponemos lo segundo, porque no sería de la índole de esta publicación hacer una extensa reseña de las agitaciones y lamentables acontecimientos que en la América Central sucedieron á la fecha de su independencia y al tratar de la organización del gobierno propio.

Así, pues, las notas biográficas que ofrecemos señalarán solamente los rasgos más salientes de la vida pública del prócer costarricense que luchando con todas las dificultades de una época de convulsiones y de transición completa, fijó las bases en que debía descansar el gran edificio de nuestras libertades, y dió vida y forma en su patria á las instituciones reclamadas por la naturaleza como los más sagrados derechos del hombre.

Don Juan Mora con la sola energía de su espíritu y el ejemplo de sus virtudes cívicas: con su amor á la libertad y á las nuevas instituciones, y con el prestigio de su honradez y firmeza de convicción, pudo salvar á Costa Rica de los mil escollos que entorpecían su marcha, y conducir la nave del Estado al puerto seguro de su salvación por en medio de la general borrasca; y así, ayudado por la importantísima colaboración de muchos ilustres costarricenses de aquella época memorable, hizo efectiva la independencia en esta parte del Continente, sustentó con su ejemplo el amor á la patria, y estableció, el primero, las fuentes de nuestro progreso y futuro engrandecimiento.

Quede para la nueva edición de la obra sobre Costa Rica, del que esto escribe, hacer una biografía tan completa como sea posible, y consignemos aquí los conceptos emitidos sobre el mismo personaje en la primera edición de dicho libro. Son los siguientes:

El Benemérito ciudadano don Juan Mora y Fernández, nació en San José el 12 de julio de 1784.

Empezó su carrera pública muy jóven, y fué su primer destino el de subteniente del primer batallón de caballería organizado en esta ciudad en los primeros años de este siglo por el señor de Ayala, penúltimo Gobernador español. Ocupó después el destino de Secretario y Vocal del primer Ayuntamiento que se formó en San José en los últimos años de la dominación española, bajo cuya régimen fué también maes-

tro de escuela y Alcalde en el pueblo de su nacimiento.

En diciembre de 1821, formó parte de la comisión encargada de redactar el proyecto de ley constitutiva que, con el nombre de *Pacto social fundamental interino de Costa Rica*, rigió casi sin interrupción y sólo con algunas modificaciones hechas en abril de 1823, hasta la organización del país en 1824.

Figuró como Vocal Secretario de la Junta Gubernativa en los años de 1822 y 1823, y como Delegado popular ó Diputado á la Asamblea General convocada con motivo de los acontecimientos de febrero del último de aquellos dos años.

En ese mismo año había sido nombrado Intendente General, empleo que desempeñaba cuando fué llamado por el sufragio de sus conciudadanos al alto puesto de Jefe Supremo del Estado de Costa Rica.

Emitida el 22 de enero de 1825 la primera Constitución política de este Estado, é instalada la primera Legislatura ordinaria en abril del mismo año, se declaró al ciudadano Juan Mora electo primer Jefe del Estado bajo el régimen constitucional, y, cumplido su período, obtuvo la reelección para el período siguiente.

De su tino como gobernante responde el período de ocho años de tranquilidad y progreso, debidos al tacto y habilidad con que supo conducir la marcha del país en aquella época borrascosa y desgraciada casi para todo el resto de la América Central.

Cierto es que el 28 de enero de 1826 estalló en Alajuela una conspiración acaudillada por un español llamado José Zamora, con objeto, según éste declaró, de someter el país al Gobierno de España; pero aquel movimiento no tuvo éxito ninguno ni otra consecuencia que el sacrificio de varias vidas en el ataque contra el Cuartel, en donde fueron rechazados los conspiradores, la deportación de 17 de ellos y la fusilación del cabecilla.

Como ya se ha visto, fué en su época cuando se dió á la enseñanza pública toda su importancia práctica, y cuando se declaró obligación del Estado propagarla; cuando por carecerse de imprenta, se dispuso la circulación de un papel periódico manuscrito; cuando se importó la primera imprenta y circuló el primer periódico de Costa Rica; cuando se agregó á este país el partido de Nicoya, hoy la floreciente provincia de Guanacaste; cuando sufrió los primeros golpes la onerosa contribución del diezmo; cuando se estableció una casa de moneda; y en fin, cuando se dieron los primeros pasos en la senda del engrandecimiento de Costa Rica.

La Asamblea y Consejo de Estado por decreto de 11 de marzo de 1833, mandó colocar el retrato del señor Mora en el salón del Congreso con la inscripción siguiente:

“Ocupa este lugar el ciudadano ex-Jefe “Juan Mora, por sus virtudes; y le ocuparán sucesivamente los que en el mismo destino se

“hagan dignos de él”.—Y por decreto de 6 de noviembre de 1848 se declaró:—“Benemérito de la Patria como Prócer de la Independencia, como Primer Presidente Constitucional que ilustró su nombre con el del Estado, por sus desinteresados servicios hechos sin interrupción, y por la probidad de su conducta acrisolada.”

Durante el Gobierno del General Morazán, ejerció la vice-Jefatura del Estado, y después que se retiró de la política, figuró en la administración de Justicia; largo tiempo desempeñó el destino de Regente del Tribunal Supremo, cuyo puesto ocupaba, cuando en setiembre de 1854, la muerte puso fin á sus días.

Es, pues, con justicia que el Benemérito don Juan Mora esté reconocido, sinó el primero en la guerra como el inmortal Washington, por los norteamericanos, sí en la práctica de las virtudes republicanas; y como éste, en la paz y en el corazón de sus conciudadanos.

San José de Costa Rica.—Diciembre de 1887.

J. B. C.

EL AMOR VERDADERO.

Niño era aún cuando Cupido un día
Tocó mi corazón con tal dulzura
Que olvidado de todo, en mi locura,
De la mujer en el amor creía.

Y á ella consagré del alma mía
La adoración más fervida y más pura,
Y en cambio me brindó sólo amargura,
Y horribles decepciones y falsía.

Mas hoy que ante mis ojos descornado
El velo está de mi infantil creencia,
Muy tarde, por mi mal, he comprendido

Que el amor verdadero en la existencia
Es el amor de madre al sér querido
A quien ella le dió vida y esencia.

CARLOS A. IMENDIA.
[Salvadorenño.]

1887.

El libro de Víquez.

Hace diez años carecía Costa Rica de literatura y de literatos.

Durante largo tiempo las letras patrias estuvieron representadas por plumas extranjeras y por uno que otro escritor político del país en quien la obra de su talento natural y de su civismo fué siempre mayor que la de sus cono-

cimientos científicos, su erudición y su versación en las formas y en los secretos del idioma, que son condiciones precisas del arte de escribir. Excepción hecha de ciertas personalidades distinguidas, entre las cuales han descollado don Francisco M^a Iglesias, don Julián Volio, don Vicente Herrera y don León Fernández, los demás escritores nacionales hasta aquella fecha carecieron de elementos para alcanzar celebridad.

Me refiero, y debo advertirlo, á los costarricenses que han hecho su educación en el país y que á su servicio han consagrado vida y ciencia, pues no podría olvidar sin mengua para mí, si tratase de todos, al sabio Goicoechea que desde los albores de nuestra independencia supo ilustrar el espíritu de sus compatriotas desde la Universidad de Guatemala, ni á Manuel María Peralta, cuya educación meramente europea honra á su país y cuyo talento dedicado á intereses nacionales de alta importancia, en diversas ocasiones, luce, sin embargo, sus galas en tierra extranjera, ajeno á nuestras luchas, anhelos y quebrantos locales. El señor Peralta es una estrella que, desprendida de nuestro cielo, fulgura en otro, pero cuya claridad nos protege y alumbra cuando se debaten cuestiones trascendentales capaces por su intensidad de traspasar las fronteras y de llegar á su horizonte.

Sin maestros, sin bibliotecas y sin estímulos de ningún género, la juventud costarricense languidecía en una atmósfera sofocante y viciada.

Reinantes el absurdo y el empirismo en materias sociales, tradiciones y mitos corruptores, servilismo é intolerancia en ciencia y religión por más de media centuria de vida libre, las prácticas coloniales y el influjo de la escuela teológica hicieron imposible nuestro progreso en todos sentidos.

Las aspiraciones de la juventud, como aprisionadas en estrecho calabozo, no tenían otros campos de desarrollo que la abogacía ó el sacerdocio.

Ambas profesiones tenían por base el estudio del latín.

No había un colegio en donde se enseñasen humanidades. Su importancia era desconocida hasta 1869 en que apareció el primero regularmente organizado.

El profesorado en leyes se reducía á saber de memoria las Siete Partidas y las recitaciones de Heineccio.

Imperaba en todo el criterio teocrático. La educación casi no existía. La audacia era una potencia.

Pero la civilización que todo lo vence fundió las prisiones de acero que refrenaban el vuelo de nuestras facultades y aspiraciones.

La obra fué rapidísima, pues nada queda firme,—porque le faltan elementos de resistencia,—de todo lo que es artificial y corruptor, cuando la escuela abre sus aulas y cuando es-

píritus superiores é ilustrados lanzan sobre la ignorancia el rayo de la palabra.

Al empezar esta evolución frecuentaban nuestra naciente universidad algunos jóvenes de mérito, esperanzas de la patria. Pío Víquez era uno de ellos. Estudiaba Derecho sin vocación, pues no teniéndola tampoco para el sacerdocio y debiendo elegir en el dilema de padre ó abogado, una de las dos carreras, se decidió por la menos mística.

Dominaba en Víquez, desde muy niño, el amor á las bellas letras, especialmente á la poesía.

Era ya casi un hombre, y no obstante sus esfuerzos, escribía malos versos y no muy buena prosa; pues hasta aquel momento histórico en que empieza nuestra evolución literaria, le hubiera sido imposible, aunque lo hubiese deseado y buscado, oír los consejos de un maestro ni formar en los que lo son, estilo y criterio; que no había á quien pedir confiadamente dirección espiritual.

Leía pues, Derecho, y hacía buenos exámenes, pero era tan grande su afición á la poesía, como he dicho, que con gran remordimiento de conciencia por la falta de respeto que infería á la ciencia de la Justicia, de quien tenía la mejor idea, pero sin ningún entusiasmo, adoptó á las musas por compañeras de sus ensueños, de sus anhelos y de sus infortunios.

La evolución literaria y científica de Costa Rica es obra de los señores Ferráz y del Doctor Antonio Zambrana.

Los primeros nada pudieron hacer en beneficio de las aspiraciones de Víquez, porque consagrados á la enseñanza de humanidades en el Colegio de Cartago, donde Víquez no podía oír sus lecciones, les era difícil conocerlo y dirigirlo. Mas Zambrana lo hizo hombre y caballero de las letras.

Bajo la dirección de este maestro inolvidable, estudió modelos de poesía, formó estilo, dominó la materia, hasta convertirse en nuestro vate.

Injusto fuera callar, al hacer esa afirmación, que existen hoy muchos jóvenes bien inteligentes y bien informados de lo que constituye el saber humano, que cultivan la poesía con esmero y que producen bellas composiciones, pero todos ellos ven y reconocen en Víquez un maestro en la materia, sin que ninguno parezca aventajarle en la actualidad.

Tanto se dedicó Víquez á la poesía, que descuidó un tanto la prosa.

Recuerdo que, cuando los discípulos de Zambrana publicamos "Un Periódico Nuevo", las relaciones de Costa Rica con los demás Estados centroamericanos no eran muy cordiales y estuvieron á punto de romperse por el afán de intervención en nuestra política interior que tanto los preocupó. Con tal motivo Zambrana me hizo la indicación de que escribiese algo sobre ese tema. Yo me excusé y le propuse á Víquez para que ejecutase el trabajo.

Sorprendido y casi enojado el maestro me dijo: "¿Pero no ve U. que si sacamos á Pío de los versos se pierde?... Haga U. el trabajo, no sea perezoso".

Yo callé y satisface como pude los deseos del maestro, que eran mandatos para mí.

Víquez comprendía perfectamente el concepto en que Zambrana le tenía como prosista y, orgulloso que es y tenaz, se empeñó en escribir tan buena prosa como escribía ya buenos versos, y el éxito coronó lujosamente su esfuerzo.

No quiero aludir hoy á la multitud de bellos y correctos trabajos con que ha engalanado la prensa periódica. Me limito á su libro de reciente y preciosa edición titulado "Viaje del Presidente Soto á la República de Nicaragua". Esta producción es una joya valiosa. Lenguaje ameno y castizo, juicios discretos, descripciones admirables, pulcritud y sobriedad en el decir, imágenes brillantes y atrevidas, interés sostenido en la narración que obliga siempre á "volver la hoja" y á olvidarlo todo para marchar en espíritu con los festivos y festejados viajeros al país de los lagos; todo eso hace del libro de Víquez una de las mejores producciones literarias que han salido de nuestra prensa, y acusa en el autor magníficas dotes de novelista.

Un amigo mío, leyendo el libro de Víquez, me decía: "yo conozco á Nicaragua y es—á todo trance—un país feo. Había jurado no volver á él; pero de tal manera nos lo pinta y describe Víquez que estoy tentado de violar mi juramento".

De mí sé decir que, después de haber leído la relación del viaje, quisiera exclamar: "¡allí estuve yo!"

Enumerar los mejores pasajes del libro, equivaldría á reproducir la obra, pues en cada página hay mil bellezas y en cada línea un pensamiento.

El amigo Víquez puede enorgullecerse de ella, y estar seguro de que en la República de las letras hallará carta de ciudadanía.

Va unido ese libro á uno de los acontecimientos políticos de la América Central, más honrosos para Costa Rica. El fracaso de la negociación diplomática que produjo la obra á que me refiero, nos ha privado de su última página: la de más inspiración, la que hubiera henchido de júbilo á dos naciones, á Centro América quizá; la página en que el autor habría escrito—á no dudarlo—con toda la intensidad de su patriotismo y la brillantez de su fantasía fecunda himnos á la paz y á la armonía sincera de dos pueblos, conquistadas por la razón y el Derecho, y no por la fuerza de las armas.

Mas para juzgar literariamente el libro, esa página no hace falta.

El patriotismo tuvo una decepción.

La diplomacia una derrota.

La razón un desdén!

Solo quedó en pie el triunfo espléndido del literato.

San José, diciembre 10 de 1887.

ANGEL ANSELMO CASTRO.

NAPOLEON.

Traducción libre de Lamartine, hecha por

GERTRUDIS GÓMES DE AVELLANEDA.

Sobre un escollo por el mar batido
El marinero desde lejos mira
De una tumba brillar la blanca piedra.
Y entre el verde tejido
De la zarza y la hiedra
Que unidas flotan en flexibles lazos,
Sobre la humilde losa se descubre....
Un cetro hecho pedazos!... .

*

Aquí yace!... no hay nombre!... Al universo
Preguntarlo podréis: él os lo muestra
De las playas del Don hasta las cumbres
Del sobervio Cedar, con sangre escrito
Y en bronce y mármol, y en el fuerte pecho
De sus guerreros bravos,
Y aún en el corazón de los esclavos
Que uncidos á su carro de victoria
Despojos fueron de su escelsa gloria.

*

Después de los dos nombres anunciados
Por un siglo á otro siglo, nombre alguno
Tan lejos no voló, ni planta alguna
Cuya ligera huella un soplo borra,
Grabar lograra un sello tan profundo.
Tembló á su peso el mundo
Que á su arrogancia estrecho parecía,
Y hora aquí detenido
Puede el espacio que en la tierra ocupa
Con tres pasos de un niño ser medido.

**

¡Yace aquí!... ni un murmullo
Produce ya su sombra!... impunemente
El pie de un enemigo con orgullo
Hollar puede su tumba, y por su frente
Sin recelo el moscón zumbando gira.
¡Yace aquí! y á su oído
Do sonora del bronce el estallido
Cual música halagüeña,
Sólo llega el monótono ruido
De las olas del mar contra una peña.

**

No temas sin embargo, inquieta sombra,
Que con acento impío
Llegue á turbar tu majestad callada:
Nó, que no insulta con furor la lira
La paz solemne del sepulcro frío,
Y en él la gloria mira
Su fiel asilo, su mansión sagrada.
No vierte el odio su infernal veneno
En ese asilo triste, y á su seno
Nada penetra á perseguir al hombre.
¡Escepto la verdad!—Sobre su tumba
Ella sola severa juzga y falla,
Y á su voz, que en el féretro retumba,
La Muerte tiembla, el Universo calla.

**

Veló una nube oscura
Tu cuna y tu sepulcro: apareciste
Relámpago veloz entre vapores
De horrible tempestad: desconocido
Era tu nombre al mundo todavía,
Y en desconcierto, confusión y horrores
Tu fatal existencia presentía.
Así antes que fecunden
Los términos de Menfis,
Del Nilo los anónimos raudales
Mugén por los desiertos arenales.

**

Sin Dios los templos, derrocado el trono,
Te levantó en tus alas la victoria,
Y sobre la cerviz de un pueblo libre
Un sólio y un dosel plantó tu gloria.
El siglo desbocado
Que reyes, aras, dioses arrastrara
En su rauda corriente,
Un paso dió hácia atrás, y fascinado
Besó tu mano y te dobló la frente.

**

El error combatiste y atrevido
Luchaste cual Jacob contra una sombra,
Y á los piés de un mortal se vió caído
El gran fantasma que á la tierra asombra.
De nombres respetables
Profanador sublime, fueron ellos
De tu ambición juguetes miserables,
Como los vasos del cristiano culto
Ser suelen entre báquicas escenas
Del sacrilego vil, presa ó insulto.

**

Cuando un siglo caduco se alborota
Con delirio altanero,

No su cadena de opresión quebranta
 Al clamar libertad: nó, que un guerrero
 Del polvo se levanta,
 Con su cetro la toca, desvanece
 El frenético sueño,
 Y la verdad terrible resplandece
 ¡Oh! si ese cetro á manos de su dueño
 Devuelto hubiese tu triunfante mano! . . .
 Si las ilustres víctimas tu escudo,
 Tu fuerte escudo protector cubriera,
 Y á la regia corona
 Hubiese vuelto el esplendor primero! . . .
 En tu angusta carrera,
 Vengador de los Reyes, qué perfume
 Tu fama ilustre conseguido hubiera! . . .
 Cómo de gente en gente
 Con alta admiración y amor profundo
 Fuera acatado tu laurel fulgente,
 Y qué homenaje te rindiera el mundo! . . .

*
* *

Gloria, honor, libertad . . . los altos nombres
 Que veneran los hombres,
 ¡Qué fueron para tí! . . . débil sonido
 Que á lo lejos repite un eco vano,
 Y solo pudo comprender tu oído
 El crujir del acero
 Y el son agudo del clarín guerrero.
 Soberbio, desdendiando
 Cuanto la tierra adora
 Nada tu orgullo inmenso le pedía
 Sino el imperio . . . y viendo
 En cada oposición un enemigo,
 Tu voluntad lanzabas cual saeta
 Del arco despedida,
 Que aún al través de un corazón amigo
 Para llegar al blanco, senda se abre
 Por la certera mano dirigida.

*
* *

Jamás por disipar tu real tristeza
 Apuraste la copa en los festines,
 Ni homenaje rindiendo á la belleza
 Respiraste el placer en los jardines.
 Inmóvil, mudo, cual estéril roca,
 Te hallaba la hermosura;
 Ni la sonrisa de su linda boca.
 Ni el llanto de sus ojos
 Consiguieron llegar á tu alma dura,
 Excitarte al placer ni darte enojos.
 Solo amabas tu espada y las alarmas
 Del combate feral: grato te fuera
 Ver la aurora brillar sobre las armas,
 Siendo tu mano á tu corcel ligera,
 Cuando flotantes las espesas crines

Volaba como el viento,
 Cadáveres y aceros quebrantando,
 Y en el polvo sangriento
 Las herraduras fuertes señalando.

*
* *

Sin gozar te elevaste, y ni una queja
 Te arrancó tu caída: nada humano
 Palpitaba en tu pecho de diamante.
 Sin odio y sin amor, el pensamiento
 Era tu sola vida. Semejante
 Al águila soberbia que domina
 En solitario cielo,
 Con tu potente vuelo
 A una desierta cima te encumbraste,
 Do solo conservaste
 Para medir la tierra una mirada,
 Y una garra de hierro
 Para poder asirla amedrentada.

*
* *

De la victoria en el sangriento carro
 De un salto solo colocarse altivo! . . .
 De su nombre, su genio y su fortuna
 Tener el orbe lleno! . . .
 A un tiempo hollar el solio y la tribuna! . . .
 Templar con odio y con amor un freno
 Por sus manos forjado, sujetando
 Con él un pueblo libre! . . . Ser de un siglo
 La vida y pensamiento! . . .
 Embotar el puñal anonadando
 El furor de la envidia! Al movimiento
 De la terrible diestra
 Un mundo entero estremer, su suerte
 Al golpe incierto de un azar jugando
 Contra los mismos Dioses! . . . Como dueño
 Sujetar á su carro la fortuna! . . .
 Oh! qué brillante sueño
 ¡Qué delirio divino!
 ¡Y este fué, Bonaparte, tu destino!

*
* *

Empero ya caíste
 Por huracán horrisono lanzado
 De tan escelsa cumbre en esta roca!
 Tu regio manto viste
 Entre tus enemigos destrozado,
 Y la suerte, ese numen,
 Ese Dios que adoró tu audacia loca
 En la cima de gloria y de ventura,
 Por último favor te dió este espacio
 Entre el solio y la humilde sepultura.

*
* *

Oh! quien dado me hubiera de tu mente
 Penetrar el secreto pensamiento.
 Cuando el recuerdo triste
 De tu pasada dicha te oprimía
 Cual un remordimiento!
 Cuando tu frente pálida y sombría
 Sobre tu fuerte pecho se inclinaba,
 Y cual la sombra de profunda noche
 Una memoria en ella se pintaba!

* * *

Bien como el pescador en la ribera
 Ve su sombra á lo lejos dilatarse
 En el inmenso mar, y la carrera
 Seguir flotando de las aguas frías,
 Tú recordando los antiguos días
 En ellos te mirabas;
 Ante tí se elevaban, los veías
 Rápidos sucederse cual las olas:
 Su murmullo armonioso
 Halagaba tu oído, y cada oleada
 Cual encantado espejo
 De tu gloria arrastraba alguna imagen,
 Aclarando tu frente su reflejo
 Y tu mirada ardiente perseguía
 La ola y la imagen que con ella huía.

* * *

Ya sobre frágil puente despreciando
 La tempestad y el rayo te contemplas,
 O ya el polvo sagrado del desierto
 Tus rápidos caballos levantando,
 Y del Jordán entre las ondas puras
 Tenderse ves sus polvorosas crines:
 Ora miras rendir ante tu planta
 Los altos montes su soberbia cima,
 Y un camino ofrecerte, donde imprima
 Tu carro de victoria
 Un sello de poder, de audacia y gloria.
 Ora contemplas tu invencible espada
 Convertida en un cetro . . . ¿qué memoria
 Repentina te asalta que así cubre
 De triste palidez tu frente osada?
 Dí, de do viene ese temblor que agita
 Tus miembros rigurosos? . . .
 De tus pasados tiempos borrascosos
 Que recuerdo importuno
 Puede así horrorizarte?—De la guerra
 Contemplantos los míseros estragos?
 Acaso ves las ruinas humeantes
 De diez y diez ciudades, y hondos lagos
 De sangre humana llenos y espumantes?
 ¿Las cadenas te oprimen
 Que á los pueblos cargaste? . . . mas la gloria
 Todo lo borra, todo! . . . excepto el crimen.

Ay! su dedo terrible me señala
 El cuerpo de una víctima! . . . lo veo!
 Es un joven, un héroe! con su sangre
 La oleada que le arrastra torna roja,
 Y pasa, y pasa sin cesar. . . ¡oh cielo! . . .
 Y cada vez que pasa un nombre arroja . . .
 ¡El nombre de Condé! . . . ¡Tu helada mano
 Por qué, Napoleón, tu frente estrega
 Con solícito afán? Que mancha impura
 Quieres borrar ansioso?—¡Empeño vano!
 Mas viva luce la caliente sangre
 Cuando borrarla trémula procura,
 Y la mancha indeleble
 Allí grabada está, cual hondo sello
 De una mano suprema
 Que le ciñe del crimen la diadema.
 Así, tirano! se empeñó tu gloria,
 Tu genio colosal queda en problema;
 Tu nombre, vacilante
 En la humana opinión, como juguete
 Que arrolla el cierzo en remolino vario,
 Mísero efecto de tu atroz delito,
 Una edad y otra edad veránle escrito
 Entre el nombre de César y el de Mario.

* * *

¡Y sin embargo has muerto
 De la muerte del vulgo! . . .
 Igual al labrador que de la era
 Cansado vuela, y en tranquilo sueño
 Sobre su bieldo, su jornal espera,
 Tu espada tomas, y en silencio mudo
 Te vé á su umbral la eternidad inmensa
 De miedo exento y de dolor desnudo
 Pedir á Dios, justicia ó recompensa.

* * *

Es fama que en el trance postrimero
 De su larga agonía,
 Solo allí con su genio, ante la oscura
 Terrible eternidad, se le veía
 Una mirada levantar al cielo,
 Y aplicar á su frente la inefable
 Redentora señal, mientras se oía
 En sus labios vagar un santo nombre
 Que articular no osaba!
 ¡Pronúncialo sin miedo! no te asombre
 Su angusta majestad: acaba, acaba. . .
 Ese es el Dios que reina y que corona,
 Ese, el Dios que castiga y que perdona.
 Un peso diferente
 Para los héroes tiene: ¿qué te espanta?
 Háblale sin temor, él solamente
 Te puede comprender. Ante su planta
 Deben rendir el siervo y el tirano

Cuenta de su cadena y de su cetro:
 Su omnipotente mano
 Pesando los destinos
 De todos los mortales,
 Firma solo sentencias eternas.
 ¡Silencio! su sepulcro está cerrado!
 Sus hazañas y crímenes oscilan
 En la eterna balanza. ¡Cuál osado
 Mortal se arroja á decidir, midiendo
 Del Señor la piedad suma, insondable?
 ¿Y quién afirmar puede, que en vosotros,
 Ministros de su cólera, no sea
 El genio la virtud! . . . Su inescrutable
 Justicia reverencio:
 Ya el fallo se dictó! . . . Basta! . . . ¡Silencio!

El ciego de Torres.

Así como hay personas pretenciosas, existen corrientes de agua presumidas y orgullosas. Dígalo sinó nuestra acequia ó arroyito llamado pomposamente río de Torres, como si dijéramos: el Amazonas, el Missisipi ó el Nilo. Lo más divertido del asunto es, que el mismo Torres ha llegado á creerse un verdadero río, á fuerza de oírse llamar así. De allí vienen sus propensiones á crecer en octubre y su costumbre de formar curvas, barrancos y playas. Al oír el ruido de su corriente, se recuerda la voz ahuecada de los niños cuando quieren aparentar ó remedar á los hombres formados. Cuando alguien se detiene en alguno de sus microscópicos puentes á mirar su afectado curso, el Torres toce, retuerce su bigote y se payonea como persona mayor. Las tenerías, molinos y máquinas que á duras penas mueve y empuja, deben reírse á carcajadas al ver la que se da el Torres para salir del apuro.

Si de tal manera engaña á los seres que pueden ver y calcular el caudal de agua de que dispone; á los que pueden oír su voz de falsete, ¿tiene algo de extraño que un pobre ciego haya elegido sus márgenes para construir su habitación y concluir allá las oscuras horas que le restaran de vida?

Fernando se llama el desventurado que vive en el mundo de las tinieblas. En su cielo sin estréllas, en su horizonte sin celajes y en su tierra sin colorido y sin flores, el alma del ciego vaga por el infinito, con infinita y mortal tristeza. . . . La nostalgia de la luz no tiene remedio ni consuelo. ¿Qué sería de Fernando si en ese helado caos no lo sostuvieran dos fuerzas que la compasiva Providencia le ha concedido para hacerlo posible la existencia? Sin los recuerdos de lo que fué, y la esperanza de lo que será, el ciego del Torres habría cambiado hace tiempo la oscuridad momentánea en que vive, por las tinieblas eternas.

Pero, no adelantemos los acontecimientos, y digamos quien es el ciego del Torres.

Fernando Evans, es hijo de un inglés y de una mujer común de Costa Rica. Mister Edward Evans, honrado artesano, y agricultor después, dió á su hijo único la mejor educación que en épocas anteriores podía darse á un joven patricio. Fuerte y bien formado, como casi todos los frutos de la mezcla de razas, Fernando era, á la edad de veinte años, un mozo bien parecido; pero en lo que nadie le igualaba era en la belleza de sus ojos negros, rasgados y sombreados por sus crespas pestañas. Su pelo rubio, suave y fino, contrastaba con el negro aterciopelado de sus ojos. Su mirada tenía algo que atraía y cautivaba. En Matarredonda, llamada también *La Sabana*, se tenía al hijo del Sr. Evans por el más bravo y generoso muchacho del barrio.

Una de las más encopetadas jóvenes de San José, Dolores, ó Lola Velgar, mereció fijar la atención de Fernando, y á las primeras insinuaciones de su amor naciente se le correspondió con pasión intensa y no ocultada.

Hacia más de dos años que Fernando ocupaba el puesto de tenedor de libros en uno de nuestros grandes almacenes al por mayor. Sus ahorros y economías las colocaba en un banco de descuento, así es que nuestro héroe tenía unos mil pesos listos para cualquiera eventualidad.

Probo y pundonoroso, Fernando no podía creer que la mala fe, el disimulo y la falsía abundasen en nuestra sociedad. A todos suponía buenos y sanos de corazón como él lo era.

Fuera de Lola, había otro ser que ocupaba un lugar preferente en las afecciones del tenedor de libros.

Era Jorge Rivas, su amigo de infancia, de dotes raras y sobresalientes; pero para quien el juego era la vida. Para Jorge, vivir sin jugar, principalmente á los dados, era dormir en el fastidio.

A todas las reflexiones que Fernando le hacía sobre los males que consigo trae el juego, contestaba Jorge recordándole las que había olvidado aquel. Sin su maldad hábito, Jorge habría sido una notabilidad, ó al menos un hombre feliz y remarcable.

Lola Velgar, hija única de don Enrique Velgar y de Doña Juana Duarte, consiguió desvanecer los obstáculos que se oponían á su unión con Fernando, y se fijó el día de tan dichoso suceso.

Quince días antes del señalado para la ceremonia nupcial, el patrón de Fernando le suplicó se encargara de unos cobros y le entregó los documentos. En la mañana cumplió su comisión, y, mientras entregaba los fondos al cajero, los puso sobre una mesita de su cuarto. En ese momento entró Jorge con el semblante alterado, y sin más preliminares contó á su amigo: que en la noche anterior había perdido novecientos pesos que no podía pagar. Que es-



DON JUAN MORA.

Primer Presidente del Estado de Costa Rica.

taba seguro de desquitarse y aun ganar mucho si consiguiere como hacer honor á su promesa de pago. Diciendo y tomando el dinero perteneciente al patrón de Fernando, asegurándole que tenia casi seguridad de estar de una. El pobre tenedor de libros protestó no consentir en que se dispusiera de lo que no era suyo; pero no valieron ruegos ni profesías de una desgracia probable. Jorge, entre chanza y de veras, salió con los novecientos pesos del comerciante. Pasó el día, vino la noche y en vano esperó Fernando á su imprudente amigo. El insomnio y la desesperación lo dominaron en toda esa noche. En la mañana siguiente recibió la carta que sigue: "Querido Fernando, soy un infame y despreciable sujeto. Anoche lleno de fe en mil señales malditas, jugué, perdí todo el dinero de tu patrón y mil pesos más que no pagaré, pues en este instante salgo para el exterior. Voy á trabajar en el Canal de Panamá. Ahí moriré ó ganaré con qué pagarte. Digo mal, pagarte no podré porque te robo más que dinero, más que tu vida, te robo quizás tu honor. Maldíceme y no me perdones, porque no lo merezco. Publica mi negra acción y defiéndete con ella. Adiós. Tu verdugo, Jorge Rivas".

Un rayo que hubiera pulverizado el cuerpo de Fernando no le habría anonadado tanto como aquella acción. Mas su estupefacción fué corta, corrió al banco de descuento donde tenia todos sus ahorros, los vendió con fuerte descuento y entregó al patrón los valores que habia cobrado, para lo cual tuvo que tomar cien pesos más en calidad de préstamo.

Arreglado este asunto, pasó á casa de Lola, á quien dijo simplemente que no podía casarse el día fijado y le suplicó aplazara el de la boda para seis meses después, lo cual se arregló fácilmente.

Al llegar el término de los seis meses, notó que nada se le decía de boda. Con esa inquietud trabajaba una noche como á las once, cuando sintió que abrían suavemente la puerta de su cuarto, y, ¡cuál fué su sorpresa, al ver á Lola, pálida, conmovida y temblorosa, tomar asiento frente á él y expresarse así: "nada has vuelto á oír de nuestra unión, y debes extrañarlo. El motivo es: que mi padre, que jamás habia jugado, fué seducido por malos amigos, y, lo que hizo al principio por pura complacencia, se convirtió después de perder algunas sumas, en locura y rabia por desquitarse. Al amanecer del día siguiente, mi padre no tenia ni un centavo, todo lo habia perdido, inclusive la casa en que vivimos que es de mi madre, mas ella se ha apresurado á que la venda para pagar. Cuando no tuvo dinero que jugar, apostó dos años de trabajo personal contra cinco mil pesos, que también perdió. El hombre que ganó todo eso, es el Sr. Dn. Octavio Revelo, viejo rico y mal educado que ha pretendido mi mano en diversas ocasiones y á quien siempre se le dió respuesta pronta y altanera, rechazando sus pretensiones. Hoy, sin querer, sorprendí una con-

versación entre mi padre y el viejo Revelo, en la cual, esto sér repugnante proponia á aquél que si yo convenia en casarme con él, cancelaria toda la deuda y le entregaria además, una fuerte suma. El mio contestó con indignación negándose á mercado tan odioso. Pero yo no titubee, pasé á casa del Sr. Revelo y le ofreci mi mano y la guarda de su honor, á sabiendas de que no lo amo ni me era posible amarlo jamás. Aceptó el miserable, y de su casa pasé á la tuya para darte mi último adiós. Mucho te he amado, te amo y no dejaré de amarte. Decir lo contrario, sería mentir sin objeto, pero la señora de Revelo no debe volver á verte. Si vengo á esta hora es para darte el derecho y proporcionarte la ocasión de ser grande y generoso hasta lo sublime. Apesar de haber dado mi palabra á Revelo, si tú te niegas á ratificar mi promesa, no la cumpliré, y de aquí saldremos y hñiremos para el extranjero. Elige, pues de un lado el deber con el dolor sin fin y sin consuelo, tal es para mí el casamiento con Revelo. Del otro lado el amor, el placer... y el remordimiento, pues, con mi conducta asesinaré á mis padres, y no sé si todo tu amor podria hacerme olvidar el tormento que infligiria á los que me han dado el ser. Su desesperación, envenenaria mi vida, y en cada momento de placer oiria los affigidos acentos de mi madre moribunda, loca quizá!... A las doce tomaré el camino de espaldas que me aconseja mi razon, ó seguiré contigo el sendero florido á que mi corazón aspira....."

Fernando sin hablar una palabra, meditaba profundamente. Por fin se levantó, contempló extasiado aquella mujer, sin la cual no comprendia el la existencia, la estrechó en sus brazos en momento que el reloj de la Fábrica daba las doce de la noche y le dijo: Adiós Lola, mi única esperanza, como has sido mi único amor. No sé si me arrepentiré de la resolución que he tomado, más por tu felicidad que por interés, mio, anda niña desventurada y consume tu sacrificio, adiós, adiós, adiós.

Lola, bañada en arroyo de lágrimas, corrió más que anduvo, y desapareció de la vista de Fernando, quien la siguió por la oscura calle hasta que dejó de percibir el ruido de sus pasos.

Cuando entró á su cuarto se asombró de encontrarse á oscuras, sacó una cajita de fósforos y encendió uno. La llama le quemaba los dedos pero Fernando no percibía la luz. Alargó el brazo hacia el lugar en que estaba la vela y al sentir que ella le quemaba la mano comprendió la inmensidad de su desventura... Estaba ciego, sí, ya nunca veria la luz del sol. El habia leído en los tratados especiales que esa clase de enfermedad no tenia cura. ¿Quién puede expresar y en qué idioma del mundo es posible decir lo que Fernando sufriria cuando se convenció que no soñaba? En un instante perdía todo cuanto su corazón habia afeccionado y pasó del mundo de la luz y de la vida al de la oscuridad y de la muerte. ¡Fernando cu-

bierto de hielo el corazón y de estupor el alma, quedó enterrado vivo en la morada de las sombras!!

Parte II.

Era el gran baile del último de diciembre. Centenares de parejas adornaban el salón de Benedictis. Entre esas parejas había una que llamaba la atención de todos, la elegantísima y bella señora de Rivas, indiscutible reina del baile. Juventud, gracia, inteligencia y riqueza. Solo faltaba á aquella interesante mujer, un poco de carnación en el rostro, pues era pálida en extremo y en sus ojos al parecer llenos de gozo y placer, podía notarse por un observador atento la huella de un sufrimiento profundo. ¿Quién era la señora de Rivas? Nuestros lectores la conocen. Lola Velgar, después señora de Revelo, y más tarde legítima esposa de Jorge Rivas. El ricachón grosero que había comprado, puede decirse, la mano de Lola, murió á los dos años de casado, de una indigestión de trufas. La mitad de su fortuna la heredaron sus parientes colaterales, y Lola, por sus ganancias recibió doseientos mil pesos en bienes al sol. Sus padres murieron también poco después, y con quince días de distancia uno del otro.

Jorge Rivas vino de Panamá en el intermedio. Buscó á Fernando para devolverle, en lo posible, lo que le había quitado para jugar, pues Jorge tuvo fortuna, y ganó algunas sumas de pesos exponiendo su vida en Colón, y contratando cincuenta mil metros cúbicos de tierra, á cincuenta centavos metro con la compañía del Canal. Ganó veinte centavos en metro y con esa suma corrió á Costa Rica en busca de su desgraciado amigo.

A fuerza de hablar de Fernando con Lola, acabó por enamorarse de ella perdidamente. Lola creyó aceptar en Jorge el recuerdo de Fernando, lo cierto es que se casaron. Es de advertir que para ellos Fernando no existía, puesto que fueron inútiles todos los pasos que se dieron para encontrarlo.

Mientras tanto nuestro héroe, el ciego, se había hecho conducir á Santa María de Dota, en donde vegetó, viviendo del producto de su habilidad en el clarinete, que desde niño aprendió á tocar. Fernando escogió Santa María como el lugar más apartado de San José, para que se perdiera la memoria de su mísera existencia.

Continuemos describiendo el baile del 31 de diciembre. En medio del salón había un cuartito, destinado á los músicos, con sus atriles y dependencias.

Cuando Lola pasaba al salón de la cena, rodeada de una nube de adoradores, se oyó un ruido como de una cosa pesada que cae. Pasó desapercibido este incidente. A las tres de la madrugada, volviendo Lola y su grupo de aduladores al salón del baile, encontró un susurro animado en todas partes. Preguntó el motivo,

y se le dijo: que la alegría general se había interrumpido con un triste suceso. Uno de los músicos había caído en síncope y se había herido la frente. Los Doctores Sáenz y Lordly le habían tributado toda clase de cuidados; mas el pobre músico no volvía en sí, por lo que lo sacaron del salón y lo mandaron á su casa. Se sabe, preguntó Lola, el nombre de ese desventurado músico. Si, contestaron varias voces, es ciego y él tocaba clarinete. Parece que se llama Fernando. Lo que extrañó mucho á los médicos fué: que cuando descubrieron el pecho del ciego para auscultar su respiración, le encontraron un pequeño medallón colgado al cuello, y apesar del deplorable estado del enfermo, al sentir manos extrañas acercarse al medallón, lo tomó con ambas suyas y no fué posible que de él se desasiera.

Al oír el nombre de Fernando..... ciego... y la historia del medallón..... Lola tuvo que sostenerse en su compañero para no caer. El pasado, el triste y encantador recuerdo de su único amor, que ella creyó adormecido, abrazó con fuego devorador su cuerpo y su alma. Jorge Rivas sintió que el peso del mundo entero oprimía su pecho. Condujo á Lola casi desmayada á su casa y salió, medio loco á buscar al ciego Fernando; pero no pudo encontrarlo por más diligencias que hizo.

¿Cómo lo había de encontrar, sí, tan pronto como volvió en sí, Fernando, marchando de noche, guiado por un niño, había vuelto á tomar el camino de Santa María?

Después del baile del treinta y uno, ni Jorge ni Lola visitaron á sus conocidos, ni recibieron visitas de nadie. Viajaron algunos meses por Europa y Estados Unidos y volvieron más tristes, más callados y reservados que antes. Una mañana se dijo en San José que el señor Rivas había amanecido muerto de apoplejía. La señora nunca habla de esta muerte, pero los sirvientes de la casa decían al oído de las gentes, que don Jorge se había envenenado voluntariamente.

Solo Dios y Lola pueden aclarar este misterio. Respecto de la rica, bella y elegante viuda de Revelo y de Rivas, nada podemos decir, porque vive aún, y todo lector curioso puede verla en la Iglesia de la Merced, en donde pasa todas las mañanas, una señora como de cuarenta y cinco años, vestida de negro, que con nadie habla ni se mete. De su casa á la Merced y de la Merced á su casa. La devoción fué su último amor. Ella cree muerto hace muchos años á Fernando. Su gran caudal lo ha gastado casi entero en hacer caridades á los pobres y regalos á la Merced. Vive de tal manera apartada de la sociedad, que casi nadie la conoce.

Fernando, cuando se persuadió que había sido olvidado por todos, volvió á San José y se retiró á las orillas del Torres, donde contruyó una cabaña tan pequeña, tan pobremente amueblada, que apenas cabe él y un perrito que le sirve de compañero y de guía. Si deseas cono-

cerlo, lector mío, no tienes más que vagar un poco por la margen izquierda del río Torres, siguiendo para llegar á él, la calle de la Merced. Encontrarás una choza cubierta con latas viejas y pedazos de zinc. Restos de alfombras viejas cubren la ventana única. No entres á la casita porque el perrito te morderá, pero pregunta por fuera si allí venden cuerda ó mecate de cabulla, y te contestará una voz serena y resignada, que sí hay; que vale diez centavos el rollo. Una mano blanca saldrá por la ventanilla y te entregará el cordel, quedando abierta para recibir los diez centavos. No procures hablar con el ciego porque no te contestará. ¿Sabe Fernando que Lola vive? Quizá; mas él no sale de su choza sino es para comprar sus provisiones.

Resumiendo los acontecimientos encontramos: que una ligereza de un joven jugador y una imprudencia de un hombre que jugó por primera vez, envenenaron la vida de muchos seres que sin eso habrían sido felices. Apartad de la existencia de Fernando esas dos fatales noches en que el juego hizo cometer á Jorge una infamia y causó la miseria del padre de Lola, y se habría verificado el matrimonio de ésta con el elegido de su corazón, quedando eliminado y sin influencia en la vida de ellos, el toseco personaje llamado don Octavio Revelo, y Fernando no habría perdido la vista y con ella la esperanza y la dicha.

San José, diciembre de 1887.

SIRIO.

CRONICA.

Bons jours:

No extrañéis, lectores, que empiece mi tarea con un *francesaso*, pues todavía recuerdo estas frases que me enseñó don Luis Charpentier.

Hoy me he propuesto felicitar á toda alma viviente... Pero que digo, ¿es posible que todas las personas hayan experimentado las mismas sensaciones en el año de 87? A cuantas no se puede dar el *pésame* por las ilusiones muertas; ilusiones que han visto escapar dolorosamente? ¿Cómo se puede felicitar en este caso, si se tiene en cuenta que cada instante que se va, es un paso, ya grande, ya pequeño, que damos hacia la tumba?

Yo deploro con toda el alma que el año me abandone; no porque aparezca yo más viejo, sino porque en él no he hecho más que llenar mi mente de ilusiones, esperanzas, ensueños y otras mil cosas muy bonitas; pues aquí me teneis, nada menos, que enamorado hasta donde no más, con deseos vehementes de casarme; y lo peor es que debo hacerlo pronto porque de lo contrario mi

sue... ño dorado podría desvanecerse de un momento á otro, y no quiero hacerme semejante suposición.—¿Y sabéis por qué no me caso? yo os lo confieso ingenuamente: no me caso, y miro con tristeza alejarse el año, porque el ingrato no me deja ni un centavo en el bolsillo, el principio para realizar mis encantadoras aspiraciones.

Perdón mis lectores, me estoy entusiasmado demasiado con asuntos que á la verdad os interesan poco ó nada. Sigo, pues, mi primera intención:

Miro el año de 1888 como un niño juguetón, alegre y bullicioso, reirse de un viejo que marcha á pasos agigantados á ocultarse en las páginas de la historia.

Como entre nosotros es costumbre que el 1º de enero se debe felicitar á todo el mundo, yo siguiendo el camino marcado por mis mayores, no puedo menos que desear sinceramente para las simpáticas lectoras y apreciables lectores MUY FELIZ AÑO NUEVO.

Veamos ahora los sucesos más importantes que han tenido lugar en la pasada quincena.

Allá van exámenes:

Se han verificado todos los de las escuelas de primera y segunda enseñanza, cuyos resultados han sido completamente satisfactorios, motivo por el cual se felicita sinceramente á las infatigables directoras y ayudantes, como también á los directores y demás personas que han tomado parte en la noble misión del magisterio.

Igualmente han tenido lugar los de la clase de Derecho Teórico Práctico en los días 19 y 20, en el lugar que ocupa el Palacio de Justicia. La materia del curso fué la legislación que hoy principia á regir.

Los jóvenes Manuel Echeverría, Alberto Gallegos, Matías Trejos, Alfredo Jiménez, Francisco Chavarría y Francisco Sáenz sostuvieron actos públicos en las materias siguientes, respectivamente:

Derecho Penal, Público, Civil, Natural, Internacional y Romano.

Los señores Octavio Béeche, Octavio Quésada y Alberto Alvarez obtuvieron el grado, los dos primeros, de Bachiller en Leyes y el tercero de Bachiller en Filosofía.

En la mañana del 22, nuestra sociedad se alarmó, y con justicia, con la nueva del drama aterrador que tuvo lugar en el Hotel del señor Benedictis.

El protagonista, llamado Domiciano, que desempeñaba el puesto de cantinero y á quien el propietario había traído de Italia, puso fin á sus días, impulsado por satánico designio, pero antes asesinaba á la señora de Benedictis y hería á una criada que encontró al paso, y al mismo señor Benedictis.

Los comentarios que se hacen del hecho son muchos y variadísimos; pero el motivo cierto permanece en el misterio.

Se instruye la sumaria correspondiente.— Todo lo demás que pudiera decir, como lo anterior, pertenece al dominio público.

Noche Buena:

Pocas veces, indudablemente, hemos tenido una Noche Buena más alegre y generalmente celebrada que la que acaba de pasar.

Muchas de las principales familias de esta capital parece como que se disputaban, con esa galantería que caracteriza á nuestra sociedad, ser cada una de ellas en esa noche, el centro principal de esa hermosa fiesta del hogar, que conmemora ese poema dulcísimo de humildad que hace del cristianismo una de las más sublimes religiones.

En las casas de los señores don Manuel Bonilla, don Francisco Quesada E., don Oscar Knöhr, doña Inés de Jiménez, don Juan Victory, doña Emilia de Guardia y don Ricardo Cooper, se bailó hasta muy tarde y según hemos tenido ocasión de informarnos, hubo en todas ellas la animación y alegría que era de esperarse.

Nosotros tuvimos el placer de asistir á la casa del señor Cooper. La exquisita amabilidad de la señora Bolandi de Cooper y demás miembros de esa familia y la escogida concurrencia que allí había, contribuyeron á hacer de esa reunión no solo un olimpo de espléndidas hermosuras sino un verdadero ensueño de inefables emociones y dulces recuerdos.

El salón artísticamente adornado brillaba como una joya cincelada por unas manos divinas.

A las 9 próximamente principió el baile entre los acordes armoniosos de la orquesta del señor Fournier y en medio de la más cordial animación.

Más que por sus encantos seductores estaba radiante de esplendor esa pléyade de hermosuras que allí asistió. Turbados, en verdad, habríamos quedado si hubiésemos tratado de adjudicar á alguna particularmente la manzana mitológica. Adelia, el encanto de esa familia, irradiaba esa noche como estrella de primera magnitud, mas si á ella se la hubiésemos brindado la habría al punto cedido á sus hermosas compañeras.

Todas estaban soberanamente interesantes.

La más exquisita cultura y la mayor expansión reinaron allí desde un principio.

Pocas horas después de la cena que, sería por demás decir que estuvo espléndida, terminó esa fiesta que tan deliciosas horas nos hizo pasar.

El domingo 25 se efectuó el turno anunciado para ese día. En medio del mayor entusiasmo cada cual que pudo fué á depositar en la ininidad de bellísimas manos que allí había, su

contingente para el elevado objeto de dicho turno.

Reciban las comisionadas para aquella fiesta los más entusiastas aplausos.

Con motivo de haber sido trasladados á esta capital los restos del abnegado y valeroso patriota don Joaquín Fernández, muerto en la República de Guatemala, el Gobierno expidió un decreto para que los gastos de exequias y entierro se hicieran por cuenta del Estado. Medidas como esta honran sobremanera á un Gobierno, puesto que no solamente hace justicia al hombre honrado y valiente, sino que también llena de gratitud á una familia.

En cumplimiento, pues, de lo dispuesto por el Gobierno se efectuó el entierro á las 9 de la mañana del lunes 26, habiéndosele hecho los honores de General de División.

Numerosas personas de lo más selecto de nuestra sociedad acompañaron los restos hasta el cementerio.—Allí hicieron uso de la palabra los señores don Francisco M^o Iglesias y don Florencio Castro.

No ha mucho se ejecutaba en Madrid, en los funerales de Alfonso XII "El Duelo de la Patria", inspirada composición musical de nuestro artista Rafael Chaves T.—El 26 de diciembre, á las 12 del día, se ejecutaba de nuevo esta bellísima marcha, á continuación del Himno Nacional, y momentos después de haber pasado el cadáver de don Manuel M^o Gutiérrez, Director General de las bandas de la República desde el año de 1872, quien sirvió á la patria durante más de 45 años. Es autor de muchas y sentidas composiciones musicales, las cuales han llamado mucho la atención en el exterior.

El maestro Gutiérrez fué motivo de muchas ovaciones fuera de Costa Rica; pues en la Habana lo recibió con entusiasmo un famoso compositor, y cuando se presentó á una sociedad musical de París se le hizo el honor de ser recibido con el Himno Nacional de Costa Rica, compuesto por él.

La patria y el divino arte han tenido una grandísima pérdida con el fallecimiento de uno de sus más inspirados hijos.

Reciba su familia las más sinceras muestras de condolencia.

Guillermo Calderón, hijo modelo, hermano cariñosísimo, amigo sincero y afectuoso, é incansable colaborador del magisterio, dejó de existir el miércoles 28 después de una larga y penosa enfermedad.

Qué triste es en verdad ver cumplirse al rudo golpe de la muerte la sentencia fatal del Hacedor.

Guillermo Calderón deja gratisimos recuer-

dos en todas las personas que tuvimos el placer de tratarle en el seno de la amistad.

Joven como era supo conquistarse un puesto distinguido entre los profesores del "Liceo de Costa Rica".

Reciba su inconsolable familia el más sentido pésame por tan irreparable pérdida.

Ha llegado á la mesa de Redacción de este periódico un folleto de 86 páginas titulado "El Canal Interoceánico de Nicaragua y Costa Rica en 1620 y en 1887.—Relaciones de Diego de Mercado y Thos. C. Reynolds con otros documentos recogidos y anotados por don Manuel M. de Peralta". Por ahora no se hacen comentarios de dicha obra por haber llegado ésta demasiado tarde.

"Costa Rica Ilustrada" saluda cordialmente á "La Enseñanza" y "El Municipio".

El primero es órgano del Instituto Americano de Cartago y el segundo de la Municipalidad de San José.

En momentos en que yo principiaba á hacer la crónica de la Noche Buena, un amigo mío me llevó la que figura en el lugar correspondiente. Hago esta advertencia para que no se vayan á figurar los lectores que yo sería tan humilde que consintiera en apropiarme trabajos que jamás pueden estar á la altura de mi brillante imaginación y de mi bien cortada pluma.

Me despido ya de mis indulgentes lectores porque un sinnúmero de bellísimas señoritas me espera con ansia para que las acompañe á tomar los famosos helados que se fabrican en "Eureka".—Abur.

CLO CLO.

ANUNCIOS.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

URIBE & BATALLA

Han recibido un selecto surtido

de géneros de seda para trajes y adornos, Sombrillas, Escarolas, Guantes blancos y de color, Flores, Encages de seda, Tul de colores, formas y adornos para las mismas.

Gran surtido de ropa hecha,

de Casimir. Calzado, Camisas, Cuellos, Paños, Corbatas, Medias de todas clases y ropa interior para señoras y caballeros.

San José, diciembre 8 de 1887.

FOTOGRAFIA

DE

Francisco Valiente T.

CALLE DEL CUÑO. OESTE.—17.

¡La novedad del día!

Retratos de gran duración é instantáneos por el moderno procedimiento del hielo y á cámara abierta.

El individuo no puede notar cuando la imagen se toma, porque la lente de la cámara oscura, permanece abierta siempre á su presencia.

¡CELERIDAD ELÉCTRICA!

No hay aumento de precios.

Lujo en las tarjetas y finura en el trabajo.

FRANCISCO VALIENTE T.

TERRES & ESQUIVEL

ofrecen al público un grande y magnífico surtido de Casimires.

Cognac de varias clases en barriles.
 Vinos tintos de mesa en ídem.
 Moscatel, Oporto, Jerez superior.
 Cerveza negra estrella.
 Quesos de bola.
 Snaps y toda clase de abarrotos.—
 Todo en muy buen estado y á precios
 sin competencia.

San José, diciembre 8 de 1887.

2—2

LA EXPOSICION NOROCCIDENTAL-AMERICANA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Consagrado al fomento del comercio entre
 Norte América y los mercados extranjeros.

PUBLICACIÓN MENSUAL.

SUSCRICIÓN AL AÑO \$ 4 ORO AMERICANO.

En sus columnas se registran, no sólo Re-
 vistas de lo ocurrido en ambos mundos, sino
 también artículos sobre las Ciencias y las
 Bellas Artes.

Sus grabados son del mejor gusto y sus
 historietas de lo más interesante. Los a-
 nuncios que inserta son de las mejores fá-
 bricas.

Los últimos números estarán siempre á la
 disposición de aquellos que gusten examinar-
 los.

EHEVERRÍA & CASTRO,
 Agentes.

Fernando Alemán-José I. Sotomayor.

Alemán & Sotomayor

Agentes y comisionistas. Coleccionis-
 tas de estampillas. Agentes de "Costa Ri-
 ca Ilustrada."

Masaya.—Nicaragua, C. A.
 8. v. 2.

I. LEVKOWICZ & HIJO.

Acaban de recibir un surtido muy
 completo de mercaderías, y están próxi-
 mos á llegar variedad de otros artículos.

Tendrán mucho gusto en exhibir
 sus mercaderías á las personas que les
 hagan el honor de visitarlos, y creen
 que dejarán complacidos á sus favorece-
 dores.

San José, diciembre 8 de 1887.

TENGO DE VENTA

Á

precios reducidos.

Jerez, Madera, Oporto, Málaga,
 Pajarete, Madera seco, Málaga seco.
 Vino Bourgogne "CHABLIS", sin
 rival aquí.

Vinos Burdeos tintos y blancos sin
 competencia en calidad y precios.

Cognac primeras marcas hoy en
 Costa Rica, además licores de todas
 clases.

Leoncio Bonilla.

San José, diciembre 8 de 1887.

SOMBRERERIA "LAS NOVEDADES."

DE

MANUEL VEIGA.

A este establecimiento acaba de
 llegar un variado y completo surtido de
 sombreros, importados expresamente pa-
 ra satisfacer todos los gustos posibles.—
 Aprovechar, pues, la oportunidad de
 lucir un elegante sombrero en las próxi-
 mas fiestas,

Precios sin competencia.

San José, diciembre 8 de 1887.

2.-v-2.